

ct

Potencialmente Haydée

de
Patricio Ruiz

(fragmento)

*Cocina compacta en la que impactan las cosas. Haydée está sentada viendo al sol
licuarse a través de la ventana.*

HAYDÉE

Ya está. Ya pasó. No pasa nada... no hay porque llorar. Solamente ese olor a podrido ¿te ensuciaste? Tomás mucho y digerís rápido. Tendrías que tener dientes y no encías que mordisquean, así podrías comer otras cosas. No llores. El llanto tarda una lágrima en volverse grito.

Gritos. Gritos muy gritados. Se parecen los gritos de un recién nacido a los estrépitos de un gato en celo. Estrépitos. Es gracioso como algunas palabras van tan bien con lo que significan. Estrépito me parece tan ruidoso. Las palabras raras siempre me hacen sentir integrada al mundo. El otro día sin ir más lejos le decía a Sebastián que no había nada mejor que el solsticio de verano. Me preguntó que era solsticio. Yo no tarde ni dos solsticios en explicarle lo que significaba y que lo diferenciaba del equinoccio y que había aprendido su significado cuando tenía nueve años y vivía en Córdoba. Vivía en una casa incrustada en la sierra en Alta Gracia por donde pasaba un arroyito. Perdón si me río. Lo del arroyito me da risa. Tenía un primo Ricardo, al que le decíamos Ricky, Ricky Ricón, por el personaje de los dibujos animados. Un día llegó a Alta Gracia en un trajecito perfecto con su mamá Graciela que usaba sombreros y soleros dorados y lo sentaron al lado mío en la mesa de los chicos. Ya de por sí estar sentado en la mesa de los chicos era una humillación, los chicos queríamos ser grandes, porque los grandes eran una maraña de charlas entretenidas entre ensaladeras. Nosotros no. Los chicos éramos otra cosa, un rejunte espantoso esperando a pasar de mesa, el puente indicado. Mi hermana para esa época ya se había hecho señorita y se sentaba en la mesa con los grandes, mi papá, la tía Graciela. Ese día los grandes preparaban un chivito. El chivito criado a forraje que vivía en el galponcito. Chivito que lo habíamos bautizado con un nombre que no me acuerdo, pero que sé que fue mi tío el Zoco el que lo degolló adelante nuestro con una pala. Ricky me contó que tenía muchas cosas en Buenos Aires. Hasta chivitos miniatura de plástico que le hacían acordar a mí. Para él yo era un chivo de plástico. Y yo que casi nada tenía le dije que mi juguete favorito era aquel arroyito y que por más plástico él nunca iba a poder tener agua tan clara. Él fue corriendo a la mesa de los grandes, que salaban el chivito, y le dijo a su papá, que también se llamaba Ricardo, que le comprara un arroyito y se lo instalara en su casa entre las miniaturas de plástico. Los grandes se rieron y yo me reía con ellos. Se reían en coro. Graciela lloraba de la risa. Le temblaban las joyas de las muñecas y su piel curtida por el sol se le movía mientras se reía gritando. Ahí me di cuenta que Ricky Ricón nunca iba a tener un arroyito propio e iba a ser infeliz toda la vida. Gritó toda la tarde. Lo dejaron sentarse en la mesa de los grandes un rato y yo le desee cosas feas, muy feas. Qué Ricardo sea infeliz toda la vida, que no deje de gritar. Gritos. Gritos como los de un bebé o un gato en celo.

El olor está por todas partes. Si no lo oyera llorar diría cualquier cosa. Sh. No grites.

Al pompón de la vieja naranja
hay un rey que no existe en Francia
a la gusani
a la gusano
al pompón saltará un león.
Gr.